

LA PALABRA HECHA CARNE, ALIMENTO SUPREMO

UNA REFLEXIÓN EN EL “DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS”



Desde la primera hasta la última página. En el origen y en la consumación del final, **todo fue escrito en Él y para Él**. Y así llegamos al conocimiento y al amor de Cristo. La Escritura es Palabra en la que **se contempla** el Verbo Encarnado. **Es itinerario** para encontrar al que es el Camino. **Es luz** para hallar la Verdad.

Las Escrituras **hablan, presentan, nos entregan a Jesucristo**, para que las personas lleguemos a contemplar en su plenitud el misterio escondido. La Palabra, que es Cristo, vive en nosotros con toda su riqueza (Col. 3, 16).

“Dios habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo” (Heb. 1, 1-2). Pues envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbra a todo hombre, para que habitara entre ellos y les contara la intimidad de Dios (cf. Jn. 1, 1-18). Jesucristo, Palabra hecha carne, “hombre enviado a los hombres”, habla las

palabras de Dios (Jn. 1, 3, 34) y realiza la obra de la salvación que el Padre encargó (cf. Jn. 5,36; 17,4). Quien ve a Jesucristo, ve al Padre (cf. Jn. 14, 9); Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, **lleva a plenitud toda la revelación** y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna.



La economía cristiana, por ser la **alianza nueva y definitiva**, **nunca pasará**; ni hay que esperar otra revelación pública, antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo (cf. 1ª Tim. 6, 14; Tit. 2, 13).

Mientras se va conociendo y gustando la Escritura, resplandece la manifestación de Cristo, y el deseo de amarle se hace más ardiente. **Abrir la Escritura es encontrar a Cristo.**

Lo divino ha sido **expresado en términos comprensibles** para los humanos. Pero cuando se lee el texto, no es el sonido de las palabras pronunciadas, sino la voz de Cristo que habla. **La Escritura habla de Cristo, Cristo es quien habla en ella. En las palabras está la Palabra.**



Devorar la Palabra es "devorar" a Cristo: leer, estudiar, asumir, vivir, identificarse plenamente con Cristo. Es Cristo quien vive en

aquél que recibe la fe del Hijo del Dios (Gal. 2, 20). Escuchar es vivir, porque la Palabra es gracia, es sacramento de Cristo. Nuestra vida.



“El Santo Sínodo recomienda a todos los fieles la lectura asidua para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp. 3, 8) (pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo). Acudan de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual, o bien, en otras instituciones o con otros medios que para dicho fin se organizan hoy por todas partes con aprobación o por iniciativa de los Pastores de la Iglesia. Y recuerden que **a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración** para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues 'a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras' (DV 25).

Cristo, Palabra viva de Dios, escrita en el corazón del hombre, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino las tablas de carne del corazón (2ª Cor. 3,3).

“¡Devoraba tus palabras!”. En esta exclamación del profeta se expresa, al mismo tiempo, la necesidad y el deseo. Necesidad que proviene del hueco que el pecado ha dejado en las personas. Vacío que solamente puede llenarse con el retorno al amor de Dios. El deseo nace de la misión evangelizadora. ¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!. Llegaré a mis hermanos y les hablaré de tu nombre.





Más que un ejercicio de piedad, la contemplación de la Palabra de Dios es una **exigencia fundamental de la vida cristiana**. La existencia escondida en Dios, sólo puede alimentarse de Dios. La vida entregada al servicio del Evangelio, sólo puede ser eficaz

con la identificación, en el corazón, de aquello que se pronuncia con los labios y lo que dice el testimonio de las obras. La vida interior y la misión apostólica del cristiano viven, y solamente pueden vivir, y no quieren sino vivir, de la Palabra de Dios.

Quien ama a Dios, guarda la Palabra de Dios. Quien ama a sus hermanos, les habla con la Palabra de Dios.

Quien ama a Jesucristo, en Él reconoce la Palabra de Dios. Dichosos, pues, los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan, porque no morirán jamás (Lc. 11, 28; Jn. 8, 15).



UNIDAD PASTORAL
GOBELA-GALEA
PASTORAL BARRUTIA

**UNIDAD PASTORAL
GOBELA-GALEA**

(Apoyados en "Según tu Palabra")